

# Mundo rural en peligro de extinción (A modo de testimonio)

*Si no queremos enterrar el cadáver de esta especie en extinción, debemos protegerla con la menor artificialidad posible, con los valores que hemos vivido y llevamos en la sangre. ¡Algo debe diferenciarnos de quienes no han visto un crepúsculo con el sudor del alba sobre nuestra piel, sin grandes edificios ni humos que mediaten la perspectiva!*

.....  
**Fernando Pérez de Blas**

Licenciado en Filosofía  
 .....



Uno de los peligros que el proceso de universalización del modelo estructural neoliberal produce en nuestra percepción de la realidad es la extinción (más que probable) del mundo rural. La generalización de esquemas universalizados de flujos financieros provoca la creación de nuevos modos de vida, que se hacen difícilmente combinables con el éthos rural. Esta circunstancia, que arraiga (como el mismo proceso globalizador) en la revolución industrial, tiende a desestructurar las raíces de la sociedad rural, con el subsiguiente peligro de muerte para la misma. La vida rural, en cualquier caso, no puede ser la misma de hace escasas décadas. Como mínimo ha cambiado de manera que es desconocida. Para muchos tiende a desaparecer.

Este proceso, por su complejidad y pluralidad factorial, sólo se nos hará mínimamente comprensible si vemos la situación por factores:

— En la economía los pueblos de hoy han perdido las características que los definían. En buena parte ya no son agrícolas, prendiendo fuertemente la llama del sector servicios, la pequeña industria, la construcción y el trabajo de muchas personas en la capital cercana. La economía se ha pluralizado y la perspectiva laboral no está cerrada en el marco de las faenas del campo. La agricultura está teñida de colores ocres para la juventud. Y no sin falta de razones: la mecanización, casi industrial, de los trabajos ha frenado la utilización de mano de obra; los mercados se encuentran saturados de productos y la demanda no crece, por lo que los precios se mantienen a la altura de veinte o treinta años atrás; el sector agrario se encuentra en dependencia de la subvención estatal, autonómica o comunitaria, sin capacidad de decisión propia (los sindicatos no son sino correas de transmisión para ejecutar los principios de la legislación de Bruselas, Madrid, etc.); la parte del león de los beneficios se quedan en los intermediarios (mercados centrales, empresas de transformación, comercio) y los trabajos realizados —todavía en muchos casos durísimos— no se ven inmediatamente traducidos en crecimiento de las cuentas bancarias (finalidad de la economía capitalista que sufrimos como enfermedad crónica) y, por si fuera poco, la agricultura moderna depende de sectores transnaciona-

## EL MUNDO RURAL EN LA ALDEA GLOBAL

les de semillas, herbicidas, abonos, fungicidas que atraen al agricultor por sus mejoras en la cantidad de producción, pero olvidan la salud de los consumidores (p. ej. en el caso de las semillas transgénicas) y el mantenimiento sano del medio ambiente. En resumidas cuentas, si el campo siempre ha sido duro y sacrificado, ahora está entretejido en un entramado de intereses ajenos al propio agricultor, al que éste no puede enfrentarse, por falta de herramientas ideológicas, pasividad ancestral y una incapacidad muy generalizada para la autogestión a niveles de cooperación (sabe y quiere llevar sus propiedades o las de familiares, pero entra en fuertes conflictos cuando intenta cooperativizar las labores). Ni siquiera prende en su corazón el amor a la tierra que tanto amaron sus antepasados. En fin, la economía rural es un instrumento más del capitalismo global por activa y por pasiva: su control está en manos de la banca, las grandes multinacionales de productos químicos y semillas y la subvención institucional. No hay distinción con la economía urbana al respecto.

— Por otra parte las familias viven con criterios semejantes a los de la ciudad. Se fomenta el estudio y el trabajo fuera del pueblo, los medios de comunicación privados para el disfrute del fin de semana, las vacaciones en la playa... Se viven los mismos problemas internos de los cónyuges —el divorcio ya no es cosa de las modernas parejas de la capital—, las mismas diversiones juveniles —el botellón, p. ej.— la separación del medio ambiente, la falta de éthos colectivo, la relativización de los valores, y la motivación última por criterios pecuniaros. Ya se sabe, por una módica cantidad cualquier tarea es factible, no hay frenos morales, ideológicos o simplemente estéticos, contra ellos. La vida cotidiana de nuestros pueblos es plenamente urbana, y hasta las celebraciones no tienen ritos ni ceremonias de reencuentro social. Desgraciadamente la vida rural, a medio o largo plazo, está destinada a los museos, como ya lo está la vida de los pueblos neolíticos. ¿Qué son las casas rurales, la inmensa cantidad de pueblos abandonados? En ellos no hay pervivencia de la matriz intrahistórica de la rurali-



dad, sólo performance estética, disfrute burgués y cargada fácil (como ocurre en esos anuncios con aldeanos que venden coches o comida precocinada).

— En la política los pueblos son un refrendo de la fuerza mediática. Ya no hay resistencias, ni conservadoras ni revolucionarias, a la estadística democrática. Las ideologías permanecen en la tradición familiar, pero al modo de las fotocopias mal terminadas, con borrones y falta de claridad. ¡Cuántos sindicalistas de carpeta y cuello blanco, cuántos comunistas con fondos de inversiones, cuántos caciques progres! Los ayuntamientos, en muchas ocasiones, son oficinas para trepar a las administraciones públicas, los partidos traen programas de la ciudad acelerando más la especulación con el terreno, el empleo precario y la unilateralización de la vida comunitaria. Incluso la Iglesia en su vertiente social, se encuentra en el dilema de modernizar el trato con los fieles (con el posible abandono de los más reaccionarios) o mantener unas formas arcaicas que desaparecerán con las últimas generaciones identificadas con ellas.

Tan sólo en estos tres factores encontramos pruebas evidentes de enfermedad degenerativa del mundo rural. Con todo el cariño que sentimos por él, no dejamos de ver una realidad que se palpa en el día a día. Muchos de los aspectos que se podrían salvar de la ruralidad típica: el sentido de comunidad, el acercamiento a la naturaleza, el arraigo familiar y comunitario y el carácter humano de los trabajos, ya no existen como tales, o permanecen en un significado laxo, delgado, casi raquítrico. Son tema para las fiestas patronales, celebradas casi siempre al margen del patrón, regidas por patronos urbanos no precisamente santificados. Por bien del enfermo, debemos ser pesimistas, pero podemos apuntar una terapéutica, frágil y mejorable, tenaz y rebelde a las imposiciones.

El mundo rural necesita protección interna (formación en las técnicas cooperativas, sindicalización creativa y desburocratizada), maximizar los recursos propios (cultivo tradicional, mercancía directa al consumidor, valorización de la calidad...), revisión crítica de los valores urbanos (desde la Iglesia, desde los colegios, desde el

medio laboral), respeto por la herencia cultural (no sólo en un nivel arqueológico, sino adaptados a los nuevos medios de acción e información), regeneración del sentido comunitario (política del concejo para las aldeas más pequeñas, flexibilización y cercanía de la autoridad a través de una democracia directa más posible que nunca, apertura a los inmigrantes que tanto nos ayudan en trabajos que nadie en los pueblos quiere realizar), comunicaciones públicas con la ciudad, descentralización de competencias administrativas (que deben ser exigidas a los poderes si es verdad que vivimos en democracia), reconversión del turismo rural (no podemos vender nuestros pueblos como el que vende souvenirs en una playa mediterránea) y convivencia con el hábitat al que tanto debemos (reducción del maltrato químico, fomento del trabajo cooperativo que baje el número de vehículos a utilizar). En resumidas cuentas hay que rescatar los principios de una intrahistoria creativa y productora de riqueza, sin la cual las ciudades no serían lo que son. Frente a la universalización de los criterios urbanos, el mundo rural sólo puede salir de la quiebra si busca valores alternativos, los comparte entre las distintas zonas y abandona su complejo de ser el hermano menor de la familia.

Por supuesto es una tarea muy dificultosa, pero cuanto más se abandone para futuras ocasiones, peor nos irá. La ciudad impone sus modos de vida, el pueblo se muere. No son exageraciones, son realidades. Porque el mundo rural no puede ser un dormitorio de la ciudad, ni un engranaje de la economía globalizada, ni un grupo de posmodernos apiñados alrededor de las ciudades que dictan su (in)moralidad. Si no queremos enterrar el cadáver de esta especie en extinción, debemos protegerla con la menor artificialidad posible, con los valores que hemos vivido y llevamos en la sangre. ¡Algo debe diferenciarnos de quienes no han visto un crepúsculo con el sudor del alba sobre nuestra piel, sin grandes edificios ni humos que mediaticen la perspectiva! El mundo rural tiene horizontes amplios, no es caleidoscopio urbano, sino brega cotidiana a la luz del sol. Con este bagaje, y con las propuestas que todos consensuemos democráticamente podemos salvarlo. Manteniéndonos a la sombra de la gran ciudad pronto perderemos hasta el mismo horizonte que nos vio nacer y hacernos hombres.

#### Sugerencias bibliográficas

*Globalización capitalista*, R. Fernández Durán *et al.*, Barcelona, Virus, 2001.

*La idolatría del mercado y La tierra es de todos*, folletos del Movimiento Rural Cristiano, 2000. También la revista *Militante*, del mismo origen.